

La naturaleza *alterada* del conocimiento en Immanuel Kant en la etapa pre-crítica: una revisión desde la teoría evolucionista del conocimiento

The *altered* nature of knowledge in Immanuel Kant in the pre-critical stage: a review from the Evolutionary Theory of Knowledge

MARCELO BETANZO HERNÁNDEZ

Universidad de Santiago de Chile, Santiago, Chile
ps.marcelobh@outlook.com

Fecha de Recepción: 08/05/2023

Fecha de Aceptación: 19/10/2023

Resumen

El abordaje que actualmente se ha intentado revelar acerca de la psicopatología desde el modelo biomédico por disciplinas como la psicología y la psiquiatría, ha delineado formalmente dichas distinciones a la hora de indagar las conductas erráticas y manifestaciones psicoemocionales en el ser humano. La filosofía, por tanto, no ha estado exenta al replantear la manera en que el ser humano es pensado, ya sea en sus márgenes de normatividad como en la alteridad. Immanuel Kant miró —dentro de su importante período filosófico— estos problemas, pero de una manera superficial en un breve ensayo titulado “Ensayo sobre las enfermedades de la cabeza” (1764) donde explora desde su visión el problema de la *razón invertida*. La propuesta de la presente investigación busca encontrar los alcances de esta propuesta por parte del filósofo de Koninsberg, y la relectura biologicista que plantearon autores como Konrad Lorenz y Franz Wuketits como iniciadores de la Teoría Evolucionista del Conocimiento.

CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO:

En APA: Betanzo Hernández, M. (2023). La naturaleza alterada del conocimiento en Immanuel Kant en la etapa pre-crítica: una revisión desde la teoría evolucionista del conocimiento. *Resonancias. Revista de Filosofía*, (16), 59-79. DOI: 10.5354/0719-790X.2023.70585

En MLA: Betanzo Hernández, M. “La naturaleza alterada del conocimiento en Immanuel Kant en la etapa pre-crítica: una revisión desde la teoría evolucionista del conocimiento.” *Resonancias. Revista de Filosofía*, n.º 16, diciembre de 2023, pp. 59-79. DOI: 10.5354/0719-790X.2023.70585

Palabras clave: locura, cognición, naturalismo, sinrazón, conocimiento

Keywords: madness, cognition, naturalism, unreason, knowledge

Abstract

The approach that has currently been tried to reveal about psychopathology from the biomedical model by disciplines such as psychology and psychiatry, has formally outlined these distinctions when investigating erratic behaviors and psycho-emotional manifestations in humans. Philosophy, therefore, has not been exempt from rethinking the way in which the human being is thought, either in its normative margins or in otherness. Immanuel Kant looked —within his important philosophical period— at these problems, but in a superficial way in a short essay entitled “Essay on diseases of the head” (1764) where he explored from his vision the problem of inverted reason. The proposal of the present investigation seeks to find the scope of this proposal by the philosopher Koninsberg and the biologist rereading that authors such as Konrad Lorenz and Franz Wuketits proposed as initiators of the Evolutionary Theory of Knowledge.

Introducción

La concepción de la *locura* como una serie de conductas desorganizadas que evocan un estado mental y emocional inestable, se ha forjado entre idas y venidas en el terreno de la intelectualidad griega hasta la modernidad. El matiz moralizante que hoy se conoce acerca de la psicopatología, surge de la herencia grecolatina, según la cual, a partir de una pseudo psiquiatría, se refuerzan mediante la medicina y el aporte filosófico cristiano la separación entre el alma y el cuerpo (Pewzner 1995). La distinción entre lo normal y lo patológico ha logrado volverse una dicotomía descriptiva lo suficientemente rígida a la luz de la investigación tanto en psicología como en el modelo biomédico de la psiquiatría, entendiendo que esta distinción supone la inclusión o alienación¹ de las personas en un entorno social determinado. En la modernidad, esta moralización buscará complejizar al abordaje científico que la propia medicina de herencia hipocrática y la psiquiatría impulsada por Pinel ha propuesto, entendiendo, que los métodos de contener o modificar la conducta buscarán legitimar como disciplina ambas escuelas científicas (Evaristo 2011).

Desde la mirada de la época clásica, en particular la Edad Media y el auge del Renacimiento italiano, la locura o *no-razón* estaba asociado principalmente a las condiciones de vida más próximas a la pobreza, porque solía implicar soledad, rechazo social, sensación de impotencia y pérdida de autoestima. Los *locos* siempre estaban caracterizados por presentar una antítesis de la comprensión sobre el discurso que extendía la comprensión de la conducta normal, caracte-

¹ Para más bibliografía asociada revisar las obras de Bentall, Cooper, Laing y Szasz, que se encuentran en la bibliografía final.

rizándose por estar inmersos en la pobreza, sufriendo tristeza y desesperación (Pileño, Morillo, Salvadores y Nogales 2003). La *locura*, como la perversión sexual o la delincuencia, es *lo otro* de la racionalidad moderna, lo rechazado y expulsado más allá de los límites de la razón; es por esto que, en el contexto señalado, se va a convertir en una sombra que hay que erradicar de toda forma de vida social, puesto que supone una amenaza (Martin y Bernal 2009).

La *no-razón* del siglo XVI formaba una especie de peligro abierto, cuyas amenazas podían comprometer las relaciones de la subjetividad con la *verdad*, delineando lo que se ha señalado como lo normal y patológico. Teniendo en cuenta esta acepción, la locura, cuya voz el Renacimiento ha dotado de una nueva significación a partir de nuevos razonamientos, va a ser reducida al silencio por la Época Clásica, mediante un extraño golpe de fuerza, denominado por Michel Foucault (1961) como: el gran encierro. Desde el siglo XVIII en adelante, la locura, asociada a pretensiones etiológicas anatómico-médicas, era el tópico predominante en la Edad Moderna donde, juntamente con el nacimiento de la psiquiatría, estaría estrechamente ligada a las enfermedades mentales. La psiquiatría, como disciplina con entidades teóricas y prácticas propias constituiría la visión hegemónica de dichos fenómenos mentales de naturaleza alterada.

En el contexto del *idealismo trascendental kantiano*, la visión de la *locura* que proponía la intelectualidad científica moderna, recaía en las manos de la psiquiatría emergente en pleno siglo XVIII, basada en la fructífera maquinaria teórica y asistencial de las personas con alteraciones del comportamiento y la vida interna psicoemocional. En este contexto, resulta de interés subrayar que el modelo imperante sacó del oscurantismo lo que la *locura* significaba en el contexto pre-moderno, donde el matiz místico y demoníaco eran las bases comprensivas de la locura. Con la herencia medieval y con la inquisición sacro religiosa, desarrollaron bases interventivas de cómo abordar este problema en la sociedad europea a la luz de los conceptos vinculados a la locura; algunos de ellos centrados en la indigencia, la alienación sacra que suponía la perversión de tipo erótico sexual que abrigaban a aquellos considerados pecadores, según la reduccionista capacidad de análisis del clero medieval². El estudio biomédico de la locura en su corpus teórico aprehendido por la psiquiatría, se compone por el desarrollo lineal y progresivo de dicha ciencia. La interpretación histórica de la misma sugiere tres elementos centrales que ayudarían a consolidar la disciplina desde las ciencias positivas. Según Huertas (2001), la locura dentro de la intervención científica y médica, busca ser:

² Michel Foucault realiza un análisis excepcional sobre la condición social de los locos en la época clásica en su tesis doctoral titulada "La historia de la locura en la época clásica" (1961) editado al español por el Fondo de Cultura Económica (FCE).

Genealógico en su enfoque, esto es, que a la hora de analizar un suceso determinado intente comprender la relación existente entre los elementos innovadores y los heredados; *antinormativo* y desmitificador por su intención, sacando a la luz sus contradicciones y las estructuras semicultas bajo aparentes discursos de modernidad, y *práctico* por sus efectos (13).

Con la llegada de la psiquiatría al marco interventivo se comienza a concebir o reinterpretar a partir de la tradición hipocrática de la salud y la enfermedad, basando sus observaciones en proposiciones cada vez más sujetas al escrutinio empírico de las entidades teóricas sobre el conocimiento de lo normal y lo patológico. La sugerencia etimológica de la praxis psiquiátrica, en su uso generalizado, advierte que la psicopatología es entendida como el estudio de las dolencias del alma, donde la psiquiatría es concebida como una ciencia que toma su objeto de la psicología y la medicina, permitiendo la elaboración de una teoría del conocimiento del hecho psiquiátrico (Vallejo 2011). Esta teoría del conocimiento acerca de la conducta errática³ de los seres humanos que abriga una desadaptación del *sensus communis* defendido por la psiquiatría, encuentra su validación a partir de los elementos sugeridos previamente, donde la explicación naturalista ya advierte una *teoría de lo mental*. Esta naturalización de la locura y su posterior moralización como se mencionaba, comienza a situarse en lo psicológico y lo somático.

Finalmente, esta herencia filosófica sobre la psicología racionalista cartesiana en conjunto con los empiristas ingleses, será axial en la discusión iluminista y romántica que va a condicionar el pensamiento kantiano respecto de la influencia del proceso de naturalización de los procesos psicológicos, del pensamiento o de la razón, concebida o entendida en paralelo a la experiencia sensible. Respecto a este fenómeno contextual en el estudio de los procesos mentales y psicológicos, es que se abren las puertas del análisis en específico, del sistema nervioso como causa primera asociada a la locura o, en segunda instancia, al sistema digestivo. La propuesta kantiana de la locura será relevante para realizar una propuesta naturalista de una parte de su estudio acerca de la *sinrazón (unvernunft)*, dado

³ Para profundizar en esto, la psiquiatría se vale de un modelo de análisis específico e integral de la conducta previa al diagnóstico psicopatológico. La conducta que para la psiquiatría será objeto de estudio, intervención y mejora, en la actualidad es comprendida a partir del Manual Estadístico sobre Enfermedades Mentales (DSM). En el contexto del DSM, un *trastorno* es una categoría que agrupa diversos síntomas en función de criterios de tipo estadístico; estos se contrastan a través de los datos empíricos observados por el clínico a partir de cinco ejes en los que se describe el funcionamiento del paciente; siendo el eje I el que describe el trastorno o los trastornos principales, es decir, la sintomatología presente, el eje II en el que se describe la presencia o los rasgos de algún «trastorno» de la personalidad que pudiera estar actuando en la base, el eje III describe otras afecciones médicas que pudiera presentar el paciente, en el eje IV se describen las tensiones psicosociales en la vida del paciente, mientras que en el eje V se evalúa el funcionamiento psicológico, social y ocupacional, a través de una escala llamada «Escala de Funcionamiento Global, (EEAG). CF: American Psychiatric Association. DSM-IV. Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales. Versión española. Barcelona: Masson, 1995. P. 221.

que en su etapa pre-crítica, el filósofo alemán estaba al tanto de los aportes de la medicina en la comprensión de la patología mental.

En su “Ensayo sobre las enfermedades de la cabeza” (1764), Immanuel Kant realiza una categorización taxonómica de lo que para él son las *enfermedades mentales* y las implicaciones que esta categorización tiene para los procesos cognitivos adaptativos del ser humano. A lo largo de él, puede identificarse la influencia de las ciencias médicas de la época para realizar su investigación y potencial explicación causal de la naturaleza alterada del conocer.

Para Immanuel Kant, la importancia del sistema digestivo en su argumentación acerca de la *sinrazón*, se debe a la referencia que hace a la revista *El Médico* (Der Arzt), dirigida por Johan August Unzer y publicada en Hamburgo, particularmente a los números 150, 152 y 153. Dichos ejemplares aparecieron en el año 1761, es decir, antes de la publicación del *Ensayo* (1764). Por ejemplo, en el número 151, titulado “Prueba de todas las clases de *desvaríos* (*Unsinn*) que han de ser curadas mejorando la digestión” y en el número 152, titulado “La misma prueba respecto a algunos delirios vehementes (*Hitzigen Deliriis*)” se plantea que la causa próxima de las enfermedades del ánimo y de los nervios —según los postulados de la época— se encontraría en el cerebro, pero que su causa última y fundamental se encuentra en el bajo vientre⁴.

Hasta este punto, podemos sugerir de la teorización y construcción práctica del modelo biomédico de la psicopatología, que esta última es comprendida desde un enfoque naturalista defendido, en apariencia, por la influencia biomédica de conceptualizar las distinciones entre lo anormal y lo patológico. Pero ¿cuál es el alcance que el aporte de Immanuel Kant entrega a la comprensión de la psicopatología desde su propia forma de conocer los fenómenos expuesta en el *Ensayo*? ¿Podemos aproximarnos y fortalecer la argumentación propuesta desde la *teoría evolucionista del conocimiento* respecto a la cuestión de la locura comprendida etiológicamente desde una perspectiva naturalista?

La *sinrazón* en el “Ensayo sobre las enfermedades de la cabeza” (1764)

El “Ensayo sobre las enfermedades de la cabeza” se publica de forma anónima en febrero de 1764 en una revista local, *Königsbergsche Gelehrte und Politische Zeitungen*, en la que poco antes Kant había publicado una nota (“Razonamiento

⁴ CF. n. 59. p. 69 del Ensayo (1764).

sobre el aventurero Jan Pawlikowicz Idomozyrskich Komarnicki”) en torno a un episodio que había presenciado en los alrededores de Königsberg. Kant había visto a un hombre de comportamiento extravagante que vagaba con un niño y con unas cuantas ovejas y cabras. El hombre era conocido como el “Profeta de las cabras”, ya que respondía con citas bíblicas a quienes le dirigían la palabra, vinieran o no al caso. El niño que le acompañaba suscitó gran interés, pues las personas se preguntaban si era un niño criado en un entorno salvaje o natural (no socializado ni educado). Kant destacó en su breve nota, el interés que esto tenía para quien tratara de investigar la conformación del ser humano y pretendiera estudiar el papel que en esta desempeñan la naturaleza y la sociedad. Existía un gran interés en este tema, del que dos años antes Rousseau (1762) se había ocupado en *Emilio y El contrato social*. Además, también existía un reconocido interés de Kant en Rousseau.

En la nota que había escrito antes del *Ensayo* de 1764, titulada “Razonamiento sobre el aventurero Jan Pawlikowicz Idomozyrskich Komarnicki”, Kant se refiere a la figura del niño que acompañaba al “Profeta de las cabras” analizando los pormenores que permiten la interpretación de su conducta dentro de lo que el autor denomina “pequeño salvaje”:

Crecido en los bosques, ha aprendido a enfrentarse a las dificultades del clima con una feliz alegría, no muestra en su rastro ninguna franqueza vulgar, y no tiene nada del estúpido apocamiento, que es un efecto de la servidumbre o de la forzada atención [a la que se obliga a los niños] en su educación (Kant 1764 50).

Esta mención a la figura del niño es de relevancia para determinar cierta distancia de Kant respecto a la filosofía rousseauiana, pues aunque Kant, como veremos, señala que la aparición del estado de sociedad y las enfermedades de la cabeza van de la mano, está muy lejos de defender las pretendidas virtudes del “buen salvaje”. De hecho, en esta breve nota se refiere irónicamente a los que defienden estos planteamientos de Rousseau.

El eje de investigación de la *sinrazón*, en Kant, supone una distancia respecto a la filosofía del *francés*, puesto que la concepción kantiana del infante está condicionada por la perfección, dado que este se encuentra fuera de la existencia civilizada. Kant, para investigar la *sinrazón*, no se interesa por este niño en aparente estado de naturaleza salvaje y fuera de los injertos sociales, sino por la figura mesiánica del *profeta* Pawlikowicz, alguien conocido por la sociedad que lo juzgaba según los códigos morales y religiosos de la época. El profeta de las cabras Pawlikowicz era un sujeto insertado socialmente y no anclado en un *estado de naturaleza salvaje*.

Rábano y Rivera (2015), en las notas que dedican al *Ensayo* (1764), destacan que Kant no presenta al hombre exclusivamente como enfermado por la civilización, sino también como constituido como tal por ella. Kant (1764) complementa este punto a propósito de la distinción entre estado de *civilización y de salvajismo*. Acerca del estado pre-civilizatorio o estado de naturaleza, Kant dice:

El ser humano en estado de naturaleza puede estar sometido sólo a pocas insensateces y difícilmente a alguna locura. Sus necesidades le mantienen en todo momento próximo a la experiencia, y le dan a su sano entendimiento un quehacer tan ligero que él apenas se da cuenta de que necesita entendimiento para sus actividades. La inercia confiere a sus apetitos groseros y comunes una moderación que deja a la escasa facultad de juzgar que necesita el suficiente poder para dominarlos según su mayor beneficio (Kant 1764 46).

La naturaleza de las facultades cognoscitivas, a decir de Kant, nos clarifica que estas son refinadas y complejizadas en la medida que el estado civilizatorio y evolutivo del ser humano avanza. Esto no supone un reduccionismo por parte de Kant a la constitución materialista y corpórea del ser humano, sino que le permite distinguir algunas propiedades que unifican la totalidad de la existencia biológica y material, como se verá más adelante.

Kant, en el corpus de su taxonomía, analiza el estado de naturaleza y la simpleza que esta representa, describiéndola en estos términos:

Del mismo modo, en ese estado de simpleza sólo raras veces puede tener lugar el trastorno del ánimo. En el caso de que el cerebro del salvaje hubiera sufrido algún golpe, entonces no sé de dónde podría proceder la fantasmagoría para poder reprimir las sensaciones habituales que le mantenían ocupado de continuo (Kant 1754 47).

El momento histórico en el que nace el “Ensayo sobre las enfermedades de la cabeza” se caracteriza por un incipiente proceso de cuestionamiento de los ejes normativos de la época y de las creencias religiosas. Este proceso de cambio y configuración de nuevas sociedades se denomina “Ilustración”, caracterizada por una temprana necesidad de libertad para poder utilizar el propio entendimiento, poniendo en tela de juicio diversas máximas; cambio de paradigma que no era fácil, como plantea el propio Kant:

Así pues, resulta difícil para cualquier individuo el zafarse de la minoría de edad que casi se ha convertido en algo connatural. Incluso se ha encariñado con ella y eso le hace sentirse realmente incapaz de utilizar su propio entendimiento, dado que nunca se le ha dejado hacer este intento (Kant 1784 88).

Cuando Kant habla de la minoría de edad, se refiere a la incapacidad de utilizar la propia *razón* como facultad superior del conocimiento, sin la guía de algún otro; de ahí nace el lema de la ilustración *¡Sapere aude!*, es decir, ten el valor de servirte de tu propio entendimiento (Kant 1784). El autor plantea en el *Ensayo* (1764), que las enfermedades de la cabeza aquejarían al hombre que vive en sociedad. Particularmente, Kant inicia su *Ensayo* reconociendo algunos elementos propios de ciertos sujetos que darían el contenido de análisis para ciertas enfermedades, pero reconociendo que existe un contexto social que influencia la aparición de estas categorías que el autor intentará delinear conceptualmente. El autor nos plantea lo siguiente:

La simplicidad y austeridad de la naturaleza sólo exigen del hombre y producen en él conceptos comunes y una honradez vulgar; la coacción artificial y la exuberancia del estado civil son criadero de guasones y embaucadores, pero también, ocasionalmente, de chiflados y estafadores, y originan una apariencia de sabiduría o de honestidad que puede prescindir tanto del entendimiento como de la integridad, con tal que sea suficientemente tupido el velo que los buenos modales extiendan sobre las lacras secretas del corazón o de la cabeza (Kant 1764 12).

Resulta puntualmente llamativo la mención que hace Kant de la influencia del estado civil y de la connotación social en la que está inserto como eje causal de las enfermedades mentales. Se podría pensar inicialmente que Kant reduce la psicopatología a un problema presentado por fuerzas externas relacionadas a la dimensión social y normativa de los sujetos. No obstante, gran parte de su descripción de la razón y sus desvaríos, están situadas en relación a factores internos, a saber, debido a la manera en que opera el entendimiento, los juicios, la voluntad, etc. En relación a lo anterior, Kant señala:

He llamado enfermedades de la cabeza a las dolencias de la facultad de conocer, de la misma manera que al deterioro (Verderben) de la voluntad se le llama enfermedad del corazón. Además, he prestado atención sólo a las manifestaciones de las mismas en el ánimo (Gemüth), sin pretender descubrir su raíz, que se halla propiamente en el cuerpo, y que, por cierto, puede tener su localización principal más en las partes de la digestión (Kant 1764 16).

Esta referencia por parte de Kant a una potencial etiología arraigada al cuerpo y, particularmente, a las partes del organismo relacionadas a la *digestión*, supone una aparente escisión con la mención directa al cerebro como objeto de análisis y principio de la aparición de las enfermedades.

En este contexto el autor desarrolla una clasificación de las enfermedades de la cabeza, partiendo por las menos graves hasta las que él mismo considera como graves, ya que se da en ellas una *inversión de la razón*:

Por consiguiente, no veo nada mejor para mí que imitar el método de los médicos, que creen haber sido de gran utilidad a su paciente cuando le han dado un nombre a la enfermedad, y esbozaré una pequeña onomástica de las dolencias de la cabeza, desde la parálisis misma en la *idiosa (Blodsinnigkeit)* hasta sus convulsiones en la *locura furiosa (Tollheit)*. No obstante, para identificar estas repulsivas enfermedades en su genealogía progresiva, me parece necesario explicar primero los grados menores de las mismas, desde la *imbecilidad (Dummköpfigkeit)* hasta la *locura (Narrheit)* (Kant 1764 63).

Esta taxonomía de las enfermedades de la cabeza la divide en dos grandes categorías, tomando como criterio su gravedad. En la primera estarían diversas afecciones de la cabeza, pero en donde no estaría comprometida la razón, y tampoco conllevarían un peligro para la sociedad por lo que estos “enfermos”, no terminarían en un manicomio, por ejemplo, y una segunda categoría que sería de enfermedades más graves, en donde la razón sí está comprometida y dichos pacientes tendrían que ser atendidos por los servicios sanitarios oficiales para encerrarlos en algún tipo de hospital, no con el fin de curarlos, sino simplemente de separarlos de la sociedad.

Siguiendo la línea temática de los modos de intervención frente a la locura, Kant (1764) hace una mención puntual de los mecanismos médicos que algunas enfermedades precisan para su tratamiento:

Estos tristes males, cuando por lo menos no son hereditarios, aún permiten la esperanza de una feliz recuperación, y aquel cuya asistencia es preciso buscar ante todo es el médico. Sin embargo, no desearía, por honor, excluir al filósofo, quien podría prescribir la dieta del ánimo, sólo con la condición de que, como en la mayoría de sus otras ocupaciones, no reclame ningún pago por ello. Como agradecimiento, el médico tampoco negaría su ayuda al filósofo si éste intentara en ocasiones la grande pero siempre vana tarea de curar la locura (49).

Como se ha visto, el rol de los médicos y de los filósofos posee una relevancia a medida que se plantea la cuestión de la enfermedad de la *sinrazón*. Kant, si bien en una referencia puntual a una *terapéutica* de las enfermedades, toma el caso de la *locura furiosa*, ya que, en ese último tipo de locura, se intervendría con métodos catárticos para la curación intensiva de esta. Para ilustrar lo anterior,

Kant expone el caso de un hombre descrito como un *poeta enfermo* para explicar este punto. Una manera de intervenir en su locura sería a través de estrategias artísticas para purgar el cerebro de potenciales humores perjudiciales a su salud, permitiendo el alivio para el enfermo.⁵ Dicho esto, y en virtud de que Kant hace de lo anterior una potencial terapéutica para esa manifestación puntual de la *sinrazón*, revisemos las demás categorías del *Ensayo*.

En la primera categoría, se agruparían las enfermedades que están comprendidas bajo el concepto de “*estupidez*”, las que van desde el *imbécil (dummkopf)*, que tendría dificultades en el entendimiento que se refleja en la falta de memoria, de razón e incluso, la alteración sensorio-perceptual. La imbecilidad es un mal de tipo incurable, dada las razones por la cual es difícil superar e infundir una nueva vida cuando los órganos que otorgan la percepción se encuentran comprometidos en sus fines vitales.

En esta división también se encuentra la categoría de *cabeza roma (stumpf)* que no tendría dificultades de entendimiento pero sí del ingenio, o la capacidad para expresar lo que aprende convenientemente; *necio (Tropf)* sin problemas de entendimiento pero sí en la capacidad de juzgar; y por último, el *insensato (Thor)*, que no tendría dificultades de entendimiento ni de juicio, pero que estaría en un estado de “razón encadenada” debido a que lo domina una “pasión”, y es incapaz de ver las consecuencias negativas de esta misma a pesar de darse cuenta del problema.

Como dice Kant (1764), “el *insensato* puede proporcionar, quizás un acertado consejo a otros, aun cuando su consejo quede sin efecto en él mismo” (67). La inclinación del insensato, según Kant está relacionado con la fiebre de edificar, el ansia por los cuadros y la *bibliomanía*. Estos elementos cobran relevancia explicativa, cuando se comprende que el sometimiento del insensato a sus pasiones permite que la acción se defina conforme a los principios de estas pasiones y no a la razón que se encuentra *encadenada*.

Para el caso de la segunda categoría, encontramos las “Dolencias de la cabeza trastornada”, las que a su vez se ordenan de la siguiente manera:

Pretendo poder ordenarlas en conjunto bajo las tres divisiones siguientes: en primer lugar, la inversión de las nociones de la experiencia en la *alucinación (Verrückung)*; en segundo lugar, el desorden al que es conducida la facultad de juzgar, primariamente sobre la experiencia, en el *delirio (Wahnsinn)*; en tercer lugar, la razón invertida por

⁵ P. 49.

lo que se refiere a los juicios más universales, en la *manía (Wahnwitz)* (Kant 1764 72-73).

La primera categoría es la alucinación, en donde el hombre trastornado (como lo describe el autor), por alguna razón, percibe las quimeras internas como si estas fueran integradas a sus representaciones mediante la experiencia sensible, pero que en su alucinación, la veracidad de estas operan en su representación interna, algo así como un espejismo o, como lo define el autor, “un soñar despierto”:

Incluso en estado de plena salud, el alma de todo hombre se aplica en forjar toda suerte de imágenes de cosas no presentes o, asimismo, en completar las similitudes imperfectas de las representaciones de cosas presentes con rasgos fantásticos que la imaginación creadora añade aquí y allá a la mera sensación. No existen motivos para que creamos que, en estado de vigilia, nuestra mente se rija por leyes distintas a las del sueño; más bien es de suponer que, en el primer caso, lo que ocurre es que las vívidas impresiones sensibles eclipsan, hasta hacerlas irreconocibles, las imágenes de la fantasía, que son más débiles; en el sueño, por el contrario, al tener cerrado el acceso al alma todas las impresiones externas, aquellas imágenes cobran toda su fuerza (Kant 1764 9).

En esta categoría no estaría alterada la facultad de juicio, ya que los juicios son correctos en torno a un fenómeno que se percibe como real. Fenómeno al que Kant (1764) agrega “Al menos quien se ve cautivado por esta quimera no puede ser llevado nunca, por medio de un razonamiento sutil, a dudar de la realidad de su pretendida sensación” (75).

La segunda categoría *el delirio* consiste en que a partir de todo tipo de experiencias correctas (a diferencia del caso anterior), se juzga de un modo totalmente invertido. Por ejemplo, el sujeto ve y recuerda los objetos igual que un hombre sano, pero interpreta los fenómenos desvariándose. En relación a la interpretación que hace de las demás personas, esta se realiza en referencia a sí mismo y, por lo tanto, cree poder descifrar de manera sospechosa las intenciones ilusorias de otros (Kant 1764).

En la tercera categoría, “la manía”, hay una desorganización de la razón, dado que en la manía existen ideas pretenciosas y sofisticadas, tales como las expuestas por Kant a modo de ejemplo: el descubrimiento de las dimensiones del mar, la interpretación de las profecías. En esta existe un sinfín de ideas sofisticadas y pretenciosas, además de juicios sutiles sobre conceptos generales que alteran la manera de ver el mundo (Kant 1764).

Este concepto —el de sinrazón o locura— puede sintetizarse a juicio de Ferrer (2022):

La sinrazón no es una vía alternativa en la que la razón siempre puede deslizarse, como nos deslizamos en un sueño, sino un fenómeno extraño a la razón, incomprendible para ella, impensable en sí mismo y que sólo cabe intentar curar, entendiendo la cura en este caso como el intento de devolver esa sinrazón al camino correcto, sea mostrándole su error, sea modificando su naturaleza⁶.

Este fenómeno extraño de la razón, donde el autor advierte los desvaríos de la misma, refiere que los razonamientos de los visionarios, de los locos o “el de los niños” —estos últimos como individuos que aún no desarrollan sus facultades cognitivas dado su desarrollo vital prematuro— permiten, a partir de estos casos, extraer una taxonomía de enfermedades mentales, tales como las que se han señalado. A propósito de las formas de sinrazón referidas anteriormente, el caso del *fanático (Fanatiker)*, el *visionario (Visionar)* o el *exaltado (Schwarmer)*, a juicio de Kant, son propiamente manifestaciones de alucinaciones, dado que pretenden estos individuos tener una inspiración inmediata y una gran familiaridad con los poderes del cielo. La naturaleza humana, según Kant, no conoce ninguna ilusión más peligrosa⁷.

Estos razonamientos extraños de la facultad de la razón y sus principios, proporcionada las condiciones sugeridas anteriormente, estarían sujetos a la susceptibilidad del análisis kantiano, dada las proximidades con la metafísica. Este análisis de la razón y sus desvaríos dentro de algunos postulados suprasensibles o metafísicos, confluye en los argumentos esbozados en *Sueños de un visionario explicados mediante los ensueños de la metafísica* (1766). Considerando que el abordaje de la locura como motivo de análisis, para Immanuel Kant se da en el contexto pre-crítico, es que extiende con algunos matices las manifestaciones alteradas del conocimiento a temáticas espirituales o religiosas como las que retrata en *Sueños de un visionario*, es que se tomará como punto de complementariedad a la argumentación presentada hasta aquí, su reflexión etiológica del cerebro como punto de partida epistemológico para conocer las manifestaciones que pueden expresar conductas o percepciones erráticas en los individuos.

En el *Ensayo*, Kant advierte una eventual etiología o explicación causal de las enfermedades de la cabeza, reduciendo las mismas al terreno de la corporalidad

⁶ Ferrer, Soledad. “La sinrazón y la razón sistemática: apuntes sobre psicopatología en clave kantiana”. *Revista Eikasia*. 107 (2022): 318-334.

⁷ CF. Página 44.

y el organismo, particularmente, en el disfuncionamiento del aparato digestivo⁸, siendo este el fundamento empírico que podríamos señalar a partir de lo que la psiquiatría, en pleno siglo XIX, concibe como una perspectiva organicista y funcionalista. Este podríamos considerarlo como un primer antecedente para relatar la etiología naturalista. Solo a modo de complemento, el planteamiento de un aparente materialismo psicofísico como explicación causal de la locura y los procesos cognoscitivos, Kant los señala de la siguiente manera:

El alma de los hombres tiene su asiento en el cerebro, y su sede es un lugar indescriptiblemente pequeño en el mismo. Los nervios del cerebro presionan o sacuden, mediante lo que ocasionan no que esta impresión directa llegue a representar objetos exteriores al cerebro, sino que aquello tenga lugar en todas las restantes partes del cuerpo. Desde este sitio mueve también los cables y palancas de toda la máquina, y provoca movimientos arbitrarios según su voluntad (Kant 1766 49).

La mención del cerebro como causa primera de la comprensión de la locura, particularmente la del *delirio*, dada las percepciones sobre entidades trascendentes como por ejemplo dios, ángeles o demonios, para el autor serán observaciones que no se contienen racionalmente y que, por tanto, serían manifestaciones alteradas de conocer la realidad.

Si recordamos la concepción asumida por Kant acerca de lo normal y lo patológico en el ser humano, la sinrazón aparece cuando existe un proceso de conflicto del sujeto con sí mismo. La locura sería una desorganización parcial del sistema modélico que constituye los elementos y propiedades de la psique humana desarrollada con fuerza en la *Crítica de la Razón Pura*, lo que consideraremos como el sujeto trascendental. Por un lado, según lo que plantea Ricardo Teruel (2015) vinculando *locura* y la *crítica de la razón pura*, señala lo siguiente acerca de la metafísica y la psicopatología

Frente a la locura, los excesos de la metafísica no resultarían, a juicio de Kant, de ningún fallo de sistema, sino de desajustes naturales de la arquitectura modular

⁸ En 1758 aparece en Inglaterra el libro de Battie, médico y teórico, *A treatise of madness*, en el cual sostiene que la causa última de la sensación no puede ser la recepción de los objetos que en apariencia son indispensables para producirse la percepción. Se sostenía la imposibilidad de una percepción que no tuviese un objeto externo, sin embargo, el análisis de los “locos” le permitirá sostener que estos perciben en ausencia de objetos físicos externos. Con derecho es reconocido como el primer tratado de psiquiatría, en tanto es tratada de manera amplia la locura como enfermedad típicamente mental. Quizá sea mucho arriesgar que el maestro de Königsberg haya leído este tratado, sin embargo, se puede intuir la similitud de alguno de los argumentos de uno y otro. Revisar la nota introductoria a Kant (2001). *Ensayo sobre las enfermedades de la cabeza*, Alberto Rábano Gutiérrez y Jacinto Rivera de Rosales. A. Machado Libros.

de una razón humana que la naturaleza ha debido construir progresivamente en el proceso de antropogénesis (85).

Por lo tanto, esta *antropogénesis* nos servirá de vínculo a la propuesta que esbozarán en el siglo XX autores que replantean la herencia kantiana en clave naturalista desde la Teoría Evolucionista del Conocimiento (TEC).

Konrad Lorenz y Franz Wuketits (1984): la teoría evolucionista del conocimiento y el problema de la *inversión de la razón*

La tesis central de este apartado intentará, dentro de su reducida extensión, proporcionar una lectura en clave *naturalista*, como propusieron inicialmente autores como Konrad Lorenz y Franz M. Wuketits (1984)⁹ desde el problema de la gnoseología evolutiva que buscó biologizar lo que Kant, en su *Crítica de la Razón Pura (1781-1787)*, denominó los *apriorismos*. Si bien el estatus histórico en que el *Ensayo (1764)* se encuentra es en la etapa pre-crítica de la obra, la empresa de Lorenz y Wuketits se engloba en elementos que ya Kant construye en su primera crítica. No obstante, las pretensiones de esta conjunción entre la naturaleza alterada del conocimiento, se vincula a una propuesta no explorada y, por tanto, busca reinterpretar la *locura* en sentido kantiano con prescindencia de la etapa crítica.

Recordemos que Kant, en su *Ensayo*, logra inicialmente plantear una nomenclatura a ciertos comportamientos como la manía, las alucinaciones y la estupidez, entendiendo que estos comportamientos se dan dentro de un contexto social —ya que el filósofo reconoce que los comportamientos que se extraen desde la normatividad, se dan dentro de un entorno social determinado con sus propios códigos socioculturales, negando indirectamente la tesis del animal político de Aristóteles que se concibe fuera de la *polis* como un paria— pero que se originan en la alteración de las propias facultades cognoscitivas del sujeto. En particular, la *inversión de la razón* que se generaría al aprehender de manera alterada los contenidos propios de la sensibilidad en su expresión conceptual e intuitiva.

Konrad Lorenz ha insistido hasta la saciedad en la preexistencia de dichas “formas” (*apriorismos*) en los individuos, genéticamente transmitidas y que fueron seleccionadas por su alto valor adaptativo; “formas” que marcan los límites

⁹ Para profundizar en estos autores se sugiere revisar la siguiente obra: Capítulo 2 “Raíces Biológicas de la Razón” en Lorenz, K. y Wuketit, F. (1984). *La evolución del pensamiento*. Editorial Argos. Barcelona: España.

alcanzables por todo proceso de aprendizaje constreñido a la programación innata prescrita por el código genético (Feussier 2005). Lorenz constata el carácter orientativo y utilitarista de las representaciones mentales de animales y seres humanos. Es por ello que Konrad Lorenz (1984) dirá a propósito de su obra neokantiana del *a priori*:

La razón humana, con todas sus formas de la intuición y sus categorías ¿no es acaso, al igual que el cerebro humano, algo orgánico, surgido de la interacción continua con las leyes de la naturaleza circundante?; de haberse dado un modo de surgimiento histórico totalmente distinto y, con ello, un sistema nervioso central de índole distinta, ¿no serían quizá nuestras leyes del entendimiento, las que se nos presentan en la mente como necesariamente “a priori”, completamente distintas? (90).

Por lo tanto, la comprensión biologicista del sistema kantiano, deviene en las siguientes premisas conceptuales, las que darán orden a cierto tipo de realismo al que va a adscribir Lorenz desde la Teoría Evolucionista del Conocimiento¹⁰.

Existen unas estructuras o disposiciones innatas que posibilitan los procesos de aprendizaje, con las que todo ser animado viene al mundo; al contrario de lo que creía el empirismo asociacionista y conductista, ningún ser vivo es una tabla rasa en el momento de su nacimiento. Tales estructuras son resultado de un proceso evolutivo en el que, por selección natural, han sobrevivido los individuos portadores de disposiciones que favorecían la supervivencia (Lorenz y Wuketits 1984). Como consecuencia, entre nuestra estructura cognoscitiva humana y la estructura de la realidad existe un isomorfismo parcial, esto es, que nuestras representaciones no son espejo o reflejo de lo real en su condición nouménica o *en sí*, sino solo una imperfecta tentativa de reproducción de ciertos aspectos concretos del mundo, aquellos de importancia vital orientada a la conservación de la especie, con un claro sentido de economía cognoscitiva.

La epistemología evolucionista de Lorenz y sus compañeros en la empresa de biologizar a Kant queda dedicada conceptualmente a plantear que la realidad no es, como podría pensarse desde una óptica idealista, un producto de la mente; nuestro órgano de conocimiento no decide sobre el mundo, sino que es fruto de

¹⁰ “Puesto que la epistemología evolucionista estudia qué procesos y mecanismos posibilitan la cognición en todos los organismos biológicos, esta se entiende en un sentido amplio, no sólo en relación con el pensar, razonar, imaginar, simbolizar y otras capacidades humanas, sino como ‘una función de sistemas activos que... interactúan con su ambiente’. Con o sin lenguaje, la epistemología evolucionista concibe la relación cognoscitiva de manera distinta del modelo tradicional de sujeto-objeto, ‘no como una relación entre un cognoscente y un mundo cognoscible, no como una relación entre conocedores distintos, sino como una relación entre un organismo y su ambiente’. Cualquier interacción entre un organismo y su ambiente puede considerarse una relación de cognición en la medida en que al menos la posibilita”. Masís, Katherine. La epistemología evolucionista y el conocimiento según Platón. *Revista Humanidades*. 3 (2013) 1-8. p. 5.

ese mundo real, del que emerge un larguísimo proceso que implica el vínculo mediado del sujeto cognoscente con la naturaleza. Hemos llamado a esta postura “*realismo hipotético*”¹¹. La radicalidad de su empirismo viene demostrada por la sentencia de Lorenz, según la cual “*lo que vivimos como experiencia es siempre una confrontación de lo real en nosotros con lo real fuera de nosotros*” (95).

Para dar coherencia a la *biologización* de la razón, Lorenz, Wuketits y compañía proponen estas propiedades de la herencia darwiniana de los contenidos del *a priori* kantiano como “Especializaciones hereditarias”¹², las cuales serían producto de la evolución filogenética de la especie humana. Así, nuestras formas de intuición y categorías deben ser comprendidas como el resultado de un vasto proceso de adaptación, en el que aquellas consecuciones más eficaces en el enfrentamiento con la realidad resultaron seleccionadas y ampliamente extendidas a lo largo de generaciones en las que la aptitud se apremiaba con la reproducción. De ahí que Lorenz se apresurase a constatar la aposterioridad, así puede decirse, de los aprioris innatos individuales, ya que:

Nuestro aparato cognoscitivo es el resultado de la evolución (biológica). Las estructuras cognoscitivas se ajustan a las estructuras (Objetivas) del mundo, porque se han ido formando en la adaptación a ese mundo. Y concuerdan (en parte) con esas estructuras reales, porque sólo esa concordancia hizo posible la supervivencia. (35)

Según Lorenz (1984), hay un ajuste entre nuestras formas de pensamiento y el entorno como lo hay en el suelo y nuestro pie, como entre el casco del caballo y el suelo de estepa, como entre la aleta del pez y el agua: hay un ajuste porque una larguísima filogenia ha ido produciendo la adaptación funcional del conocimiento al medio. Naturalmente, afirmar esto supone una consideración orgánica del conocimiento y su continuidad con el resto de funciones corporales enfrentadas de manera directa con el entorno, en pos de la supervivencia y la reproducción. Hay una correspondencia de tipo práctico entre pensamiento y realidad, aunque en otras ocasiones sorprende al afirmar una relación de espejo sin distorsiones entre ambos.

¹¹ Para profundizar en las implicancias diversas del realismo ver: Feussier, Herman. “Naturalismo y filosofía: las visiones científicas de la realidad”. *Revista Realidad*. 105 (2005): 435-459. Web.

¹² Konrad Lorenz y Franz Wuketits, en su libro que reúne las propuestas de la Teoría Evolucionista del Conocimiento denominado “La evolución del pensamiento” (1984), definen las *Especializaciones Hereditarias* de la siguiente manera: “Cuando se conocen los modos de reacción innatos de los organismos subhumanos, salta a la vista, con evidencia extraordinaria, la hipótesis de que lo ‘apriorístico’ se basa en especializaciones hereditarias, ya filogenéticas, del sistema nervioso central, las que han sido adquiridas precisamente en la evolución de las especies y que determinan disposiciones congénitas, que obligan a pensar en formas determinadas. Hay que tener bien presente que esa concepción de lo ‘apriorístico’ como órgano implica la destrucción de su concepto: algo que ha surgido en la adaptación filogenética a las leyes del mundo exterior natural tiene, en cierto sentido, un origen a posteriori, aun cuando este origen haya seguido un camino distinto al de la abstracción o al de la deducción a partir de experiencias pasadas”. (90).

Hacia una biologización de la *sinrazón kantiana*

Siguiendo la lectura de este argumento planteado por el Kant pre-crítico, Lorenz (1984) va a argumentar que dicha distinción entre la razón y la sensibilidad, o concretamente cuando mencionamos las categorías el entendimiento de carácter *a priori*, es una disposición que surge de especializaciones hereditarias, de tipo filogenéticas, que tienen su centro ontológico en el sistema nervioso central y que producto de la evolución de las especies, ha condicionado una forma particular de pensamiento sobre el mundo. Es central referir que las demostraciones de Lorenz sobre las relaciones entre los apriorismos kantianos y el innatismo en el comportamiento, se dan conforme a la promoción del conocimiento como condición prerreflexiva de la articulación de estos apriorismos como filtro cognoscitivo del sujeto. Esto, siguiendo al discípulo de Kant, elabora en virtud de lo anterior, una serie de construcciones operatorias, creadora de novedades y precedidas por una serie ininterrumpida de construcciones preoperatorias que dependen de la coordinación de las conductas humanas y se remontan, eventualmente, hasta la organización morfogenética y biológica en general.

Si seguimos la proposición de que todas las enfermedades de la cabeza poseen un grado significativo de inversión de la razón, podemos, según la visión naturalista del asunto, concluir que las disposiciones filogenéticas arraigadas a ciertas áreas del cerebro estarían mediando la alteración receptiva de los contenidos de la sensibilidad en las formas del concepto e intuición propuestas por la razón, mermando la capacidad de generar un conocimiento genuino de la realidad y lo fenoménico. En este sentido, lo que Konrad Lorenz denomina “los indicios significativos hereditarios” se ven mercados en su articulación cognoscitiva mediante el uso de conceptos e intuiciones respecto de la experiencia sensible que hace de la inversión de la *razón* la etiología de una alteración mental y comportamental. Sería relevante sostener esta reinterpretación de la tesis kantiana recurriendo a Lorenz (1984) en “*La evolución del pensamiento*”:

Sabemos que todo conocimiento adaptable es un proceso cognoscitivo y que este aparato con el cual se nos provee *a priori* y cuyo concurso posibilita exclusivamente, la adquisición de experiencia, tiene como premisa una cantidad formidable de información adquirida por conductos filogenéticos y almacenada en el Genoma. Esto no lo sabía todavía Hume y los behavioristas no quisieron afirmarlo (117).

Finalmente, ante este escenario naturalista de tales apriorismos, Lorenz reconoce que la intención argumentativa a favor de una epistemología sintética desde Kant, va a ser una reinención del fenómeno sensitivo como constitutivo del proceso cognitivo y, por ende, gnoseológico del sujeto. Las que podrían denominarse

categorías del saber estarían preformadas biológicamente debido, o como consecuencia, de condiciones previas de toda experiencia. Si se interpreta lo anterior causalmente, la selección natural implica la modificación orgánica de la filogénesis humana que deviene en fenómenos de mutación en este ámbito (Ursúa 2005).

Gerhard Vollmer y Robert Kaspar: un apunte final a la cuestión naturalista de Kant

Si recurrimos a la propuesta de Gerhard Vollmer (1984) desarrollada en su artículo “*Mesocosmos y conocimiento objetivo: sobre los problemas que resuelve la gnoseología evolutiva*”¹³ a la hora de resolver lo que su gnoseología evolutiva y concepción del conocimiento proponen para los problemas vinculados a este último, es preciso, inicialmente, recordar que el conocimiento humano aparece gracias a una concomitancia de estructuras objetivas (del mundo real) y estructuras subjetivas (del órgano cognoscitivo), donde agrega lo central para la reinterpretación kantiana de la locura: sin el aporte de los objetos, no habría ningún tipo de conocimiento sobre el *mundo*, solo ficciones, sueños, alucinaciones, idiosincrasias —en este último concepto resuenan muy bien las categorías de la razón, a saber, yo, dios y mundo—. Si deseamos poner conceptualmente esta propuesta, Vollmer se suscribe a un tipo de *realismo crítico*, donde la relevancia epistémica del mundo externo o el noumenon —si seguimos a Kant— son constitutivos de la concepción del conocimiento donde el sujeto cognoscente aprehende su realidad externa mediante conceptos internos (Vollmer 1984). Ahora bien, cuando introducimos la *inversión de la razón* kantiana, para el lenguaje vollmeriano, existiría, en términos biológicos, una alternación en la reproductibilidad del conocimiento, puesto que este ajuste entre el mundo real y el órgano cognoscitivo se vería alterado, siendo el conocimiento algo *imaginario* en sus formas particulares en sujetos con algún tipo de variación *mental*.

Volvamos a las formas presentadas en el caso predilecto de las alteraciones de las reglas de la razón, en virtud de comprender cómo la naturalización del conocimiento y sus avatares aquejan al sujeto *delirante* que nos presenta el filósofo alemán. Bajo la premisa que si poseemos una serie de alteraciones en las reglas que componen la facultad superior de la razón y, por tanto, del conocimiento, entonces, según la visión Kantiana, seríamos objeto de una alteración delirante a nivel cognoscitivo, por tanto, que escapan al orden lógico de razonamiento apriorístico.

¹³ El texto se puede encontrar en el libro editado por Lorenz y Wuketits llamado “*La evolución del pensamiento*”. Barcelona: Editorial Argos. 1984.

Uno de los autores que va a complementar la naturalización de la gnoseología apriorística que establece la Teoría Evolutiva del Conocimiento (TEC) es Robert Kaspar (1984). En su artículo titulado “*Los fundamentos biológicos de la gnoseología evolutiva*” que se encuentra en el texto que unifica junto a Lorenz y Wuketits la cuestión naturalista, va a proponer la hipótesis que bajo el análisis filogenético de los sistemas de aprendizaje en animales humanos, este identifica como pilar fundamental de la emergencia de los sistemas y sus principios constitutivos de los procesos cognoscitivos, al fortalecimiento del sistema nervioso que se desarrolla bajo un patrón de ordenamiento basado en la auto organización de los sistemas biológicos y que las leyes que regulan estos sistemas son válidas para fortalecer una serie de comportamientos en los individuos sometidos a contextos determinados.

En síntesis, la unión sistémica entre entorno, organismos, sistema nervioso y facultades cognoscitivas organizará una serie de comportamientos concretos y hereditarios mediante la evolución (Kaspar 1984). Kaspar (1984) refiere que el aparato raiomorfo que surge mediante procesos evolutivos y autoorganizativos biológicamente, sirve como procesador de información que funciona de manera similar a la *razón*. Si somos más técnicos en la descripción que hace Kaspar respecto a esto, que en virtud a cómo los organismos procesan racionalmente la información de su entorno a nivel cognoscitivo, estos podrían eventualmente adaptarse a su medio. Si seguimos la lógica de la alteración de los principios constitutivos de la razón del sujeto delirante kantiano, las facultades *a priori* del entendimiento se pueden homologar en clave naturalista a una atrofia de tipo filogenética arraigada en el sistema nervioso y el cerebro, que haría del sujeto delirante un caso de alteración en su procesamiento de información y, por ende, de presentar dificultades en su adaptación al medio. Kant en su *Ensayo (1764)* enuncia lo siguiente:

En esta última perturbación mental, no hay meramente desorden y desviación de la regla para el uso de la razón, sino más bien una positiva sin-razón, esto es, otra regla, una posición enteramente diversa a que el alma se desplaza, por decirlo así, y desde la cual ve de otro modo todos los objetos (...) Es, empero, admirable que las fuerzas del alma destrozada se coordinen, sin embargo, en un sistema, y que la naturaleza tienda incluso en la sinrazón a introducir un principio que las una, a fin de que la facultad de pensar no permanezca ociosa (Kant 1764 136).

Por lo tanto, desde la biologización del *a priori kantiano* por parte de la Teoría Evolucionista del Conocimiento, es menester reconocer que la locura como fenómeno cognoscitivo se adscribe según los planteamientos del sujeto trascendental, como un epifenómeno que se adscribe a una filogenética de tipo naturalista,

ya que la razón en como la entendía Kant en su etapa crítica, plantea conflictos consigo misma.

Consideraciones finales

Uno de los grandes méritos de la propuesta naturalista del conocimiento y las contribuciones que desde Konrad Lorenz y compañía han hecho de la indagación biologicista de los procesos cognoscitivos, es que, a mi juicio, ha revitalizado la filosofía trascendental kantiana con un lenguaje alternativo, pero no menos relevante en el plano de la filosofía de las ciencias y las ciencias cognitivas. La presente investigación tiene la intención que intuitivamente apareció inicialmente, de utilizar el lenguaje de la Teoría Evolucionista del Conocimiento y tratar de comprender algo que Kant intentó advertir sobre aquel conjunto de individuos que en su *inversión* cognitiva —y por tanto denominados *locos*— eran objeto de exclusión teórica y analítica, siendo, finalmente, una dimensión inherente a la especie humana inserta en un contexto social determinado.

Finalmente, las *enfermedades* de la cabeza no devienen en una afectación reduccionista a grupos humanos contaminados con un oscurantismo sacro e infértil en el plano espiritual, sino que, según los autores revisados, estas pueden darse en algo tan complejo como la alteración filogenética de lo que, hasta ahora, hemos logrado ser al someternos evolutivamente a la realidad y sus avatares. Es importante recordar que la locura, para Kant (1781-1787), resulta de un conflicto del sujeto consigo que manifiesta una desorganización parcial del sistema modélico que constituye el sujeto trascendental delineado en la etapa crítica de nuestro autor (Teruel 2021), ya que “*El germen de los conflictos —dice Kant— se halla en la naturaleza de la razón misma*” (CRP A778 674). Kant reconoce que esta desorganización ocurre debido a que la mente o el sistema cognoscitivo del ser humano poseen la característica de estar compuesta de fuerzas o facultades dinámicas y complejas, las que según Lorenz pueden ser fuerzas o facultades que son funcionalmente autónomas en relación al mundo natural en el que se ve inmerso. Si recordamos los planteamientos de la *epistemología evolucionista* y la interacción que plantea entre los organismos biológicos y el ambiente, la *locura* en clave kantiana se interpretaría, como ya se ha dicho, como una disposición natural de los organismos a torcer su naturaleza y, en el caso de los seres humanos racionales con sus facultades cognitivos, a alterar su capacidad de pensar, razonar, articular visiones de mundo y adaptarse al entorno.

Tras los desafíos que se han ido reflexionando a lo largo de este escrito, uno de ellos es en profundizar en los diversos conceptos que la tradición kantiana

nos ha heredado respecto al conocimiento que tenemos del mundo, en una clave epistémica, semántica y metodológica renovada. Finalmente, siempre es importante recordar la apología que Kant (1784) hacía del sujeto ilustrado: ¡Sapere aude! Ten el valor de servirte de tu propia razón. ¿No es esto una invitación a reinterpretar la razón como un medio de liberación y no de condenación en sus variaciones respecto a la experiencia con el mundo?



Bibliografía

- Bentall, Richard. *Medicalizar la mente: ¿sirven de algo los tratamientos psiquiátricos?* Barcelona: Editorial Herder, 2011.
- Constantini, Marco. "Psychopathologies in Kant's 1764 Versuch". *Revista CON-Textos Kantianos*, vol. 7, 2018, págs. 234-251.
- Cooper, David. *Psiquiatría y Antipsiquiatría*. Barcelona: Editorial TAVISTOCK, 1975.
- Feussier, Herman. "Naturalismo y filosofía: las visiones científicas de la realidad". *Revista Realidad*, n.º. 105, 2005, págs. 435-459.
- Foucault, Michel. *La historia de la locura en la época clásica*. México: Fondo de Cultura Económica, 1961.
- Frierson, Patrick. "Kant on mental disorder. Part 1: An overview". *Revista History of Psychiatry*, vol. 20, 2009. <https://doi.org/10.1177/0957154X08337642>.
- Huertas, Rafael. "Historia de la psiquiatría: ¿Por qué? ¿Para qué? Tradiciones historiográficas y nuevas tendencias". *Revista Frenia*, vol. 1, 2001, págs. 9-36.
- Kant, Immanuel. *Crítica de la Razón Pura*. Traducción por Mario Caimi. México: Fondo de Cultura Económica, 2010.
- Kant, Immanuel. *Ensayo sobre las enfermedades de la cabeza*. Traducción y notas de Alberto Rábano Gutiérrez y Jacinto Rivera de Rosales. Madrid: Mínimo Tránsito, 2016.
- Kant, Immanuel. *Razonamiento sobre el aventurero Jan Pawlikowicz Idomozyrskich Komarnicki*. Traducción y notas de Alberto Rábano Gutiérrez y Jacinto Rivera de Rosales. Madrid: Mínimo Tránsito, 2016.
- Kant, Immanuel. *Sueños de un visionario explicados mediante los ensueños de la metafísica (1767)*. Prólogo de Rudolf Malter. Edición crítica del texto alemán, introducción, traducción y notas de Cinta Canterla. Madrid: Editorial Cinta Canterla, 1989.
- Laing, Ronald. *Experiencia y alienación en la vida contemporánea*. Buenos Aires: Editorial PAIDÓS, 1965.
- Lameiro, Máximo. "Sueños de un racionalista. Sobre la diatriba de Kant contra Swedenborg o por una ontología simbólica". *A parte Rei Revista de Filosofía*, n.º. 58, 2008, págs. 1-13.
- Lorenz, Konrad, y Wuketits, Franz. *La evolución del pensamiento*. Barcelona: Editorial Argos, 1984.
- Martín, Juan, y Bernal, Anastasio. "Historia de la locura en la época clásica y movimiento antipsiquiátrico". *Revista de Historia de la Psicología*, vol. 30, 2009, págs. 293-299.
- Morillo, Javier, et al. "El enfermo mental. Historia y cuidados desde la época medieval". *Revista Cultura de los cuidados*, vol. 30, 2003.
- Pewzner, Evelyne. *El hombre culpable. La locura y la falta en Occidente*. Guadalajara: Fondo de Cultura Económica, 1995.
- Szasz, Thomas. *El mito de la enfermedad mental*. Barcelona: Editorial TECHNOS, 1986.
- Teruel, Ricardo. "Naturaleza, conflicto y locura en Kant: el concepto de sinrazón positiva". *Revista Con-Textos Kantianos*, vol. 13, 2021, págs. 35-65.
- Ursúa, Nicanor. "Los ocho pecados mortales de la humanidad civilizada. Una relectura de Konrad Lorenz y los problemas de la naturaleza humana". *Revista Ludus Vitalis*, vol. 13, 2005, págs. 165-180.